¡PERILUSTRE CIUDAD DE CORTE Y AUDIENCIA!...

Por LUIS EDMUNDO HEREDIA

Sin duda fue Sucre, en un pasado no lejano de infanzonía, ciudad de Corte y Audiencia; patricio escenario de Oidores, cabildantes y Arzobispos, convertida hoy en centro citadino estudiantil, agrarista y universitario por antonomasia: sede natural y neural de bachilleres y menestrales; de seminaristas y Licenciados; de hermosas normalistas y fecundos badulaques de alacre espíritu. ¡La "Noble y Leal Villa" de Pedro Anzures, Marqués de Campo Redondo!

Foco de permanentes rebeldías germinales: puesto que fueron doctores claustrales y académicos carolinos los que gestaron aquel primigenio movimiento insurreccional de 1809. ¡La epopeya civil del 25 de Mayo!...

Ciudad jardín de los floridos arriates; perfumadas huertas; de anchos patiecelos y solanas; de claustrales academias; recoletos eremitorios y también la de ajetreos levíticos de ciudad chica.



Mirador del Parque.- (SUCRE)



Palacio de Justicia y sede de la CORTE SUPREMA (SUCRE)

Se ingresa a Sucre por el verdegueante prado nominado como "Parque" con mayúscula: arbolado de frondosas y umbrías alamedas, plenas de reminiscencias versallescas. Rumoroso de hojarascas, sereno en sus frondas aliñadas como bosquecillos del Chateau, junto el "petit Trianon".

Unicamente rompe su verde uniformidad remansada, una forzada réplica de la "Tour Eiffel": es el "observatorio" de este pequeño París...

Al salir del parque e ingresar en el casco ciudadano, enfrentamos el bellísimo edificio de la Corte Suprema de Justicia en el que, la antigua tradición forense de esta ciudad doctoral de gola y birrete, encuentra su más armónica expresión arquitectónica; puesto que el constructor supo entroncar y unimismar en forma limpia y airosa el severo espíritu de la Ley con una gracia modernista que deleita la pupila con el equilibrio casi musical de sus estructuras.

Y lo que es más: este edificio, sobrio y elegante, no exhibe la obligada simbología romana de la Justicia y el Derecho.

Luego desembocamos en la enorme plaza "25 de Mayo" semejante en algo a la plaza Vendome de París: atestada de peripatéticos badulaques mientras cobija, bajo la sonora arboleda de "heveas", a la bella grey femenina de normalistas... ¡Plaza de las clásicas retretas domingueras a las que alguien designara como: "academias al aire libre"!

Se suceden anchas calles de amplísimos veredones.

Cuadras y cuadras alongadas por el obsesivo enjalbe; por la espesa e interminable cal de sus murallones desnudos: purificados por el blanco impoluto. Sin embargo, encontramos cierto barroquismo en su arquitectura proto-virreinal que nos recuerda a Croce cuando sostenía: "il barroco e una sorte di brutto". Sucre constituye irrefutable probanza en contrario!

Después: calles de santos como la San Alberto y de Bancos!...

Cuadras enjalbegadas rigurosamente. Iglesias y conventos: Santo Domingo, en el pasado Casa de Justicia. San Lázaro: donde se alzaban preces realistas y se discriminaban alferazgos e imponían "guiones".

Y la capilleta del "Gran Poder" donde ardía, entre sahumerios y letanías, el velón verde del Santo Oficio y que, hasta nuestros días, exhibe la secular y esbelta palmera tajada por el rayo.

San Francisco: convento y cuartel!

La Catedral con su ancha sala capitular en cuya testera se muestra todavía la Bula original que instaurara el Episcopado de Charcas: la "Super Specula Militantis Ecclesiae".

El mismo espíritu de un pasado aún lejano en el tiempo pero no en los usos ni en el natural señorío, aflora hasta los muros terrosos de la Recoleta donde un fraile somnoliento nos franqueara la entrada para admirar el joyante coro, labrado en noble cedro y las valiosas pictografías de una preciosa capilleta de epístola.

La tradición académica de la culta Charcas se remonta, por lo demás, a la Cédula de fundación de la Academia Carolina: severa escuela de práctica jurídica e intensiva preparación retórica; nexo formal entre Universidad y Audiencia, avalada, hasta el presente, por la continuidad esclarecida de San Francisco Xavier: avanzada imbatible de un puro y elevado revolucionarismo; reafirmado en aquellas incomparables asambleas claustrales de magistrados y doctores, de ese "Forum" de la Real Academia Carolina que incubara a poco: "al grupillo de revoltosos doctorcillos" como denunciara el realista Ramón García de León y Pizarro. Vieja casona de catedráticos de Prima, Cánones y Leyes, convertida hoy en vigente solar de cultura y humanismo.

Por último, algo que respalda y atesta nuestros asertos en lo que atinge a la calidad estudiantil y agrarista de Sucre, constituye el hecho de que el universitario, la normalista son dueños naturales de esta ciudad hijodalga. Y es agrarista puesto que nunca falta la presencia animante del campesino yotaleño o tarabuqueño, exhibiendo el típico ferreruelo del siglo XVI: el cortísimo ponchito listado y la clásica montera, exacto remedo del bruñido casco del Tercio español.

En definitiva, más allá de toda impresión meramente epidérmica y circunstancial, y acaso al margen del espíritu de estas líneas, concluiremos afirmando que Sucre, es hoy como en el ayer heroico, invicto bastión de bolivianidad porque en este nobilísimo solar de casonas silentes y calles blancas, iluminadas y recoletas, nació Bolivia!...

1.-
Habría deseado ayer
sacrificar mi terror y hacerte una ternura
con el primer bostezo.
Pero mis manos se despojaron del amor
y decidieron morir temprano
a distancia de dos himnos de tu presencia.
cuando tu piel enfebrecida perdió sus aguas limpias.

¡Oh, Fe, resentida por nuestro ardor de averiguar y proclamar
el origen de nuestro trono taciturno!:
la incredulidad ha cargado sus redes
y anillos
nuevamente
sobre esta sombra que hacemos todos,
acongojada y sin piel
para el aire que debe habitarnos.

2.-
Alguien abandona su derecho a conocernos y levanta su cántico terrible.
Debiéramos besarnos hoy,
todos;
repartirnos las mejillas mutuamente,
todos
y un mismo temblor abrirá las fronteras de nuestro cuerpo
y por el cansancio de los pocos vigías
un mismo deseo entrará en los templos de nuestro cerebro
para posarse en la medianoche.
¡Ah, tu sed y mi hambre no vacilarán en sumirse en ella!

Entonces,
nuestro dolor
como una grande bestia abandonará su madriguera de grillos
con las palmas calcinadas sobre la cabeza
para llegar hasta las puertas y curar sus quemaduras
obligando a los besos a procrearse en su costra.

¡Esto será una asamblea final de dos penumbras en un solo rostro!
Y acaso desconociendo mi infancia
tenga que cruzar el barrio que nunca participó del día
y caminar siempre tu perfil,
girar en torno a tu perfil.
como alrededor de un cuartel en siesta.

¡Oh, Fe, resentida también
por nuestra permanente sumisión al hambre!
Levantaré nuevamente mi Amor
sin nombre ni recuerdo
sobre este valle de maderas,
sobre los mismos signos del saqueo
-amargo como ha sido-
y que tumbara el pórtico de los templos.

3.-
¿Acaso ha sido tarde para saludar a este pueblo
que siempre ha rondado.
acaso la raíz no me trajo a tus dominios
para tributar en cada hora una querencia.
para hincarme y ser más pequeño que tú.
más pequeño que yo mismo
cuando pienso que soy rey?

¡Oh, Amor, te hundieron una ofensa desde el insomnio,
desde el resentimiento de los pájaros perversos!
Pretendieron descubrirte el vientre y bajo-vientre
en vez de alzarte y besarte
la piel.
Esperaron el último dolor de la noche
-¡dolor de sangre al que las bocas no llegan!-
para descender al fondo del delirio
y determinar la espiga que entraría en los huesos,
en el párpado y en el sueño
para quemarlos en la pesadumbre.

Los hombres debiéramos aprender el calor del Hombre
para añadirlo a nuestro aliento.
He ahí por qué las huérfanas del Amor
se lanzan a los descalzos de la piedra y la voz
para que la soledad no se hinche en el fermento nocturno
estérilmente
con una mano sobre la carne sin sexo.

4.-
El Amor es la oscuridad
aun bajo su viento de aguas cálidas.
es retorno de la sonrisa a las cárceles de la pesadumbre.
Somnoliento, reprimido en su íntima caricia
despojado de su piel que le otorgaría vergüenza.
es entrega de labios castos
que enfrentaron a la prolongación del dolor.
Bien lo sabes
tu secreto reposó en mis manos
mojándome los nervios que me conducían a tu miedo.
se regocijó y amparó en mi piel.
pero contuvo su aliento
aun queriendo abrirse a mi palabra.
Debimos traspasarlo con una verdad
honda y muda.
permitir la salida de su ley
cierta y justa.
entonar el himno más puro cuando sus aguas bajaron
anunciándonos
tu estremecimiento.
Sin embargo.
tu secreto dejó de ser párpado sobre el sueño de los niños,
boca dedicada a su silencio,
a su contracción íntima y perfecta;
dejó de ser parte de la alegría
a veces mutilada
por tu impulso de arrojarte a las sombras.

5.-
Todos
debemos recurrir al Amor
abandonando este galpón construido en el desvelo
y recordar nuestros nombres
para cuando las manos hiedan a madera consumida por el tiempo,
para cuando aun
sin reconocernos
acumulemos el musgo que habrá de alimentarnos en el delirio
y las aguas inunden nuestro reposo
con la agonía de los náufragos profundos.

Tal vez tengamos que aferrarnos al polvo crecido
tocando el límite del último dolor
y transportando una procesión
por dentro.

Tal vez tengamos que entregarnos a esta noche,
y dormir en el desamparo de las aves
que entre aletazos se despojan de la sangre
en testimonio de fe.
Pero sí permaneceremos en la entraña del Amor
con una pequeña cruz en la carne.

Entonces el temor de volver al Hombre
se diluirá sobre el rostro y su sabor a tierra,
sobre las sementeras de la espiga
-consumida por nuestra visión en vigilia y en hambre-,
sobre esta voz de visitantes desconocidos
que nos une.

Solo así nos llamaremos con una palabra ajena a nuestra fatiga,
desde el río áspero que recorre el aliento
e hincha los sueños que aprenden a conducirnos hacia el pan
y retorna cuando exhibimos una lágrima tosca.

OSCAR RIVERA RODAS

"MITO Y REALIDAD DE LA REFORMA AGRARIA"

Editado por "Los Amigos del Libro", acaba de aparecer un nuevo libro de Amado Canelas: "Mito y realidad de la Reforma Agraria" que, según su autor, es un complemento de sus anteriores obras. En el preámbulo, Canelas afirma que la línea de esta obra es la de "poner en letras de molde la realidad objetivo, frecuentemente distorsionada por la consigna sectaria; e interpretarla, en función de los intereses nacionales tal cual los concebimos, identificados con los de las masas trabajadoras, vale decir, con la liberación del país de la explotación imperialista y la de esas masas del yugo del capitalismo, sistema que consideramos históricamente caduco...". No hace falta reproducir más del preámbulo para darse cuenta de que Amado Canelas es marxista-leninista, sin ser comunista, según lo afirma él mismo.

En efecto, al analizar el pensamiento agrario del Partido Comunista de Bolivia, indica que, "teóricamente, el P.C. es la vanguardia política, esclarecida y combatiente de la clase obrera y de todo el pueblo trabajador". Por consiguiente -afirma luego- "en el problema agrario, lo mismo que en los otros, tendría que afirmarse que la posición más justa y el papel más activo fueron y son los de ese partido, aunque, después de 10 a 20 años, tuviese que admitirse lo contrario". "Felizmente -dice el autor- tuvimos el acierto, o quizás mejor sería decir la fortuna, de no inscribirnos en el PCB, por lo cual, esforzándonos en ser intelectuales marxistas-leninistas independientes, podemos cumplir nuestro deber de análisis tal cual lo entendemos, tratando de llegar a la verdad, no importa cual pudiese ser".

Amado Canelas entra en numerosas contradicciones en su obra, en general, y en la misión y tareas del Partido Comunista, en particular. En este respecto, dice estar convencido de que "el porvenir boliviano, la solución real de nuestros problemas, no pueden concebirse sino en función del desarrollo de un PCB unido y cada vez más influyente".

La gran contradicción en que incurre el autor es la de que, junto con afirmar que el marxismo-leninismo fue el inspirador de la reforma agraria boliviana, los errores cometidos son casi íntegramente cargados a la cuenta del MNR. Ha olvidado el autor que la reforma agraria "movimientista" no fue sino inspiración marxista-leninista -comunista, y que fueron comunistas y piristas, incrustados en la plana mayor movimientista, los que dieron el paso más importante en la llamada reforma agraria de 1952 y en su subsiguiente fracaso total.

Analiza la problemática de la reforma agraria, no desde el punto de vista independiente, como pretende, sino desde su sitial de marxista-leninista. De ahí que sus mayores alcances tienden a decapitar a la gran minería, a la oligarquía terrateniente, al imperialismo, etc., utilizando el lenguaje que nos es común cuando escuchamos o leemos los argumentos de la extrema izquierda aquí o en cualquier parte del mundo. El molde es el mismo. Se refiere al feudalismo y al agrarismo bolivianos antes y después de 1952. y reproduce documentos o partes de documentos emitidos por casi todos los partidos políticos del país sobre la materia. Y ninguno de ellos se salva de su crítica y su condenación. En resumen, "Mito y Realidad de la Reforma Agraria" es una relación documental del fracaso del marxismo-leninismo en la reforma agraria boliviana. escrita por un marxista-leninista no comunista. La obra - muy documentada, por cierto - no ofrece, empero, una salida a esos fracasos, no señala un nuevo camino en la materia.

RAMIRO CID

PRESENCIA LITERARIA
DIRECTOR: JUAN QUIROS
Casilla 1913
La Paz, Domingo 22 de Mayo de 1966

UNA VIDA EJEMPLAR AL SERVICIO DEL PAIS

Por HEBERTO AÑEZ



Dr. PLACIDO MOLINA MOSTAJO

Retraído en el ambiente apacible de sus libros y recuerdos, vive en Santa Cruz, su ciudad natal, el doctor Plácido Molina Mostajo, notable figura del foro y de las letras nacionales. Nonagenario ya, es sin duda la última reliquia de una de las generaciones más brillantes que ha dado la tierra oriental, no sólo maravilloso por sus eclosiones telúricas, sino igualmente rica en la espiritualidad de su gente, que en contraste con la adustez del habitante andino, muestra al forastero la cara risueña de Bolivia.

En la fulgurante galería están los nombres de Emilio Finot, José Benjamín Burela, Gustavo Parada, Felipe Leonor Ribera, José Peredo, monseñor Daniel Rivero, Neptalí Sandoval, Canónigo Antonio Egüez Bazán y tantos otros que con Molina aplicaron sus talentos a la ciencia, la literatura, la cátedra, el periodismo. Puede afirmarse que aquella pléyade abrió y cerró un ciclo en la vida cultural de Santa Cruz.

No pretenden estas líneas hacer la biografía de Molina, que para ello necesitaríase más de un volumen, sino simplemente el esquema ligero, sin duda incompleto, de su múltiple labor intelectual, a modo de homenaje al hombre que, bajo una montaña de méritos, siente que la indiferencia y el olvido son como un anticipo de su propia muerte.

Molina, flamante bachiller, inició su vida pública en las funciones docentes. Fue profesor en el plantel donde había sido alumno destacado. Actuó bajo la inspiración del sabio y santo obispo José Belisario Santistevan, mentor de juventudes. Mientras tanto, concluyó sus estudios facultativos y obtuvo el título de abogado. Posteriormente desempeñó el Rectorado de la Universidad "Gabriel René Moreno". En esta fase de su carrera escribió textos de Historia, Geografía y Métrica Castellana.

En colaboración con Emilio Finot, vate cruceño tempranamente fallecido, publicó una antología de poetas bolivianos, editada en París. Agotada hace mucho tiempo, constituye joya literaria en algunas bibliotecas particulares. Trabajos sesudos y de gran valor documental son sus libros sobre la Gobernación e Intendencia de Santa Cruz y el Obispado de la misma sede. Vigoroso contenido polémico hay en su refutación a la "Historia de Santa Cruz de la Sierra", del escritor argentino Enrique de Gandía.

Humanista por excelencia, Molina se prodigó en el Ensayo. No menos de ochenta folletos, sobre los más diversos temas, dan testimonio de su capacidad de trabajo y del caudal de sus conocimientos. Por este medio hizo familiar su nombre en ateneos y academias del país y del extranjero. No fue ajeno al periodismo. Colaboró en revistas y diarios de Buenos Aires, La Paz, Sucre y Santa Cruz. Varias instituciones culturales lo contaron entre sus fundadores.

Molina es también un poeta de inspirado estro. Concedió preferencias al soneto clásico, la más difícil factura en la métrica de nuestro idioma. Ha escrito innumerables composiciones de esta clase, armonizando diestramente la ortodoxia de las reglas con la belleza de la forma. Su prosa es impecable. Maneja la sintaxis con soltura, limpieza y gallardía. Como abogado, hizo carrera brillante en la judicatura nacional. Baste decir que culminó en los cargos de Presidente de la Corte Superior de Santa Cruz y del Tribunal Supremo de Justicia. Su versación jurídica y su probidad inmaculada, son dos timbres de honor que lo colocan al lado de las más ilustres figuras de la magistratura del país.

Es copiosa la producción que Molina ha logrado publicar, pero apenas representa una parte de los numerosos trabajos inéditos que guarda en sus archivos. Allí hay estudios concienzudos sobre historia de Bolivia, cuestiones de límites, temas geopolíticos y otros de gran importancia para el interés nacional. La falta de medios económicos ha impedido que este rico acervo documental y bibliográfico vea la luz pública.

Casi vencidas sus fuerzas físicas, las facultades intelectuales de Molina todavía se mantienen lúcidas y activas. Sorprende que a sus noventa años siga leyendo con el afán acucioso de sus mejores tiempos. Acota, subraya, comenta. Todo cuanto lee lleva la marca de su examen y su crítica. Por ello, pese al aislamiento del medio en que ha pasado la mayor parte de su vida, siempre estuvo en contacto con el pensamiento universal. Y ahora mismo, malgrado las fatigas de la edad, es como una antena sensible en la onda del suceso contemporáneo.

Molina es un arquetipo de varón. Sus cualidades de intelectual están reflejadas en su obra de historiador, de maestro, de literato, de jurisconsulto, de periodista. Como hombre y ciudadano, es la rectitud sin términos medios. Una columna moral verticalmente trazada sobre el plano de una vida luminosa y ejemplar. Sus virtudes son de las que forjan blasón en las familias tradicionales y dan timbres de honor a las progenies que se suceden. Tronco arraigado en su casta y en su tierra, lo tenemos ahí, sereno y firme, como el vigía que cuida a su pueblo y le señala el camino cuando el turbión de las pasiones confunde a los espíritus.

En el retiro eglógico de su apacible y sosegado vivir, cargado de trinos y efluvios vegetales, la naturaleza parece darle fuerzas renovadas cada día. Madreselvas y claveles ponen un sello españolísimo a la enrejada ventana que enclaustra su laboriosa soledad. Quien lo ve pegado a sus infolios y cuartillas, imagina la presencia laica de un monje renacentista, entregado por entero a la pasión de escribir y meditar...

No falta en los pueblos de nuestro Oriente un solar acogedor donde el caminante desempolva sus sandalias y abreva su cansancio en el cantarito fresco de la hospitalidad. Allí se le narran las historias del tiempo viejo, los avatares de una raza emprendedora y soñadora. La morada de Molina es uno de esos sitios. Quien visite Santa Cruz y quiera saber algo de su alma, de su pasado, de su tradición pura, de sus angustias y esperanzas, acérquese al alero de este anciano resplandeciente de sabiduría y beba de sus labios, en castizo discurrir, la palabra que acaricia, enseña y aconseja.

Hace algunos años Molina fue proclamado Maestro de la Juventud Cruceña. Justo y merecidísimo el título, discernido por los estudiantes de su pueblo. Pero él, ciudadano ilustre de la patria, es acreedor a un homenaje que guarde relación con los bolivianos dimensiones de su personalidad. Disponemos, por ejemplo, de una máxima condecoración para honrar a los grandes servidores del país. Nada sería más cabal que otorgársela, a esta altura de su vida, como legítimo galardón a sus merecimientos indiscutidos e indiscutibles.

INTELECTUALES DE HOY EN SANTA CRUZ DE LA SIERRA

Por CARLOS CASTAÑON BARRIENTOS

Santa Cruz de la Sierra es más bien Santa Cruz de los Llanos y, en la actualidad, Santa Cruz del Progreso.

Ubicada en la verdosa y cálida planicie del legendario Grigotá, Santa Cruz es el centro oriental más importante del país, hacia donde converge una extraordinaria actividad agrícola y ganadera, que junto con la explotación del petróleo del departamento, está siendo objeto de la codiciosa mirada de quienes planean la diversificación económica del país. Santa Cruz es la tierra del azúcar, del arroz, del algodón, del petróleo, y hasta del hierro del Mutún. Poco a poco, aquello que tradicionalmente se llamó "el porvenir de la Patria", está convirtiéndose en un presente que colma de satisfacción y de oportunidades de trabajo. El Brasil y la Argentina, países de reconocida capacidad para descubrir posibilidades económicas dentro y fuera de su territorio, han tendido ya hasta Santa Cruz las paralelas de acero que, en los ferrocarriles, transportan enormes deseos de aproximarse a los productos de la fértil llanura cruceña. El ininterrumpido servicio aéreo y sobre todo la carretera asfaltada Cochabamba - Santa Cruz, por otra parte, están llevando a la Capital oriental en lo que se ha llamado LA MARCHA HACIA EL ESTE un enorme y cada vez mayor contingente humano salido del altiplano y los valles bolivianos. En el adelanto de Santa Cruz están poniendo su aporte todos los rincones del país, sin excepción.

En suma, en Santa Cruz asienta hoy sus reales la palabra PROGRESO. Mañana -esto es dentro de cinco o diez años, cuando más-, la extensa región será una indiscutible vanguardia de la agricultura nacional y el lugar en que se extraiga tanta o más riqueza que en las minas del Altiplano. Entonces Bolivia empezará a conocer de veras mejores días en su vida económica.

Pues bien, en medio de los cañeros, arroceros, petroleros, banqueros, transportistas y otros "pioneros" de la nueva Santa Cruz, que llenan las arenosas calles de la ciudad, puede advertirse la presencia de un crecido núcleo de intelectuales que dedican sus mejores esfuerzos al cultivo de las ciencias, las artes y las letras.

Casi todos ellos trabajan a la sombra de la Universidad "Gabriel René Moreno" y de la Peña de Escritores y Artistas, fundada el año 1962.

La Universidad ha publicado en los últimos años varias obras de subido interés, de las cuales citamos dos singularmente valiosas, impresas en Buenos Aires. La primera es "Nicomedes Antelo", de Gabriel René Moreno, conceptuada la obra más notable del polígrafo cruceño. La edición lleva un prólogo de RAUL OTERO REICHE, titular de la cátedra Moreno de la Universidad, varias y sesudas notas de HERNANDO SANABRIA FERNANDEZ y unas páginas epilogales de LEONOR RIBERA ARTEAGA, tres nombres que figuran en la cima de la intelectualidad cruceña del presente. El trabajo de estos últimos está escrito con gran acopio de documentos, en un castellano limpio y elegante y con verdadero fervor por la obra y la figura de René Moreno.

El otro libro que queremos mencionar aquí titula "Cronistas cruceños del Alto Perú virreinal". Fue editado por la Universidad en conmemoración del cuarto centenario de la fundación de Santa Cruz. Contiene desconocidas y atrayentes crónicas, todas correspondientes a la primera mitad del siglo XVII, de Diego Felipe de Alcayala, Lorenzo Caballero, Alonso Soleto Pernia y Pedro de Arteaga, criollos oriundos de Santa Cruz. Contiene además estudios sobre dichos cronistas, firmados por HERNANDO SANABRIA FERNANDEZ, GERMAN COIMBRA SANZ, MARCELO TERCEROS BANZER y LEONOR RIBERA ARTEAGA. En el libro encontramos referencias sobre los orígenes de la ciudad, su vida durante la Colonia, sus hijos más destacados, las hazañas de éstos, observaciones sobre su territorio y otros apuntes de gran valor, cual expresa la nota preliminar suscrita por el Rector Wálter Suárez Landívar. La historiografía nacional ha recibido con esta obra un aporte de primera calidad.

La Peña de Escritores y Artistas se halla integrada por más de cuarenta personas. Fue para nosotros muy grato departir amablemente con varios de sus miembros, correspondiéndonos destacar la cordialidad de su Presidente, el gran poeta RAUL OTERO REICHE, de los Vicepresidentes PLACIDO MOLINA BARBERY y HERNANDO SANABRIA FERNANDEZ, del Secretario de Hacienda GUSTAVO DIESCHER, el Secretario General NATANIEL GARCIA CHAVEZ y el Director de la Revista de la Peña ORESTES HARNES ARDAYA. También destacamos la cordialidad de HERNAN ARDAYA PAZ, autor de un estudio sobre los límites entre los departamentos de Santa Cruz y Chuquisaca.

La Peña persigue como objetivo alentar el trabajo intelectual en Santa Cruz, fomentando la publicación de las mejores producciones y el intercambio de relaciones con los intelectuales del resto del país. El próximo número de la Revista, que está en prensa, contará con interesantes colaboraciones de Molina Barbery (Contribución al concepto de bolivianidad), García Chávez (Semblanza de Antonio Vaca Diez), Sanabria Fernández, Otero Reiche, Diescher, Harnés Ardaya, Oscar Gómez, Sattori Román y Antonio Landívar Serrate (poesía), Daniel Pérez Velasco (Estudio sobre el cholo) y otros artículos de Guillermo Céspedes Rivera -que fuera director de "La Razón"-, Félix Pinto Saucedo, Hernán Ardaya Paz, Luis Leigue Castedo y Roger Becerra.

La Peña ha editado ya un "Cuaderno" con sonetos de Otero Reiche, "inspirados en motivos vernaculares y emocionales, donde predomina la magia descriptiva". Se halla en edición "Huerto de emociones", cuyo autor es Antonio Landívar Serrate.

Entre los sucesos importantes de la Peña nos señalaron la recepción hecha a la diva Claudia Parada durante su visita a Santa Cruz; el acto cultural preparado con motivo de la elección de la Señorita Santa Cruz 1962, y los Juegos Florales de 1963, en los que Julio de la Vega, Pedro Shimose y Germán Coimbra Sanz obtuvieron, respectivamente, el 1o., 2o. y 3er. premios. Fue Mantenedor de estos Juegos el escritor paceño Porfirio Díaz Machicao, que pronunció un discurso calificado de inolvidable por los componentes de la Peña, que tienen en muy alta estima al citado escritor. Igual aprecio les merece el crítico Juan Quirós, a quien los intelectuales cruceños han recibido siempre -expresan-, con gran cariño, pues aprecian sus trabajos de crítica literaria (consideran a Quirós el primer crítico literario boliviano de nuestros días) y su importante labor cultural a la cabeza de la Página Literaria de PRESENCIA.

Ocupémonos brevemente de algunos intelectuales de Santa Cruz con quienes tratamos algo más de cerca.

RAUL OTERO REICHE -alto, delgado, cabello y bigote entrecanos, voz suave y hablar pausado-, es el poeta más querido y admirado del Oriente. Admirado por su obra llena de bellezas y de aciertos, y querido por su carácter sencillo y modesto hasta la humildad. De él en particular nos ocuparemos en otro artículo, pues tuvimos la oportunidad de hacerle un reportaje en el que conversamos largamente sobre su vida y su obra.

HERNANDO SANABRIA FERNANDEZ, nombre que seguramente ha de figurar entre los grandes escritores cruceños por la seriedad de sus investigaciones y la pureza de su estilo, es persona afable y simpática. Se encontraba en Santa Cruz transitoriamente, pues por su calidad de Director General de Educación tiene que radicar en La Paz. Sanabria Fernández, culto como pocos, se muestra hábil e ingenioso en la conversación corriente. Su gran memoria le hace recordar y relatar con palabra amena hechos y figuras de ayer. Así, volviendo la memoria nada menos que al año 1922, Sanabria recordó cómo el drama que escribiera entonces el religioso Daniel Rivero (que fue Obispo de Santa Cruz y Arzobispo de Sucre), titulado "Catalina de Aragón y Enrique VIII", por circunstancias meramente casuales, resultantes de que se había excluido del reparto a dos artistas consagrados de Santa Cruz, constituyó en su estreno toda una anticipación del diálogo entre público y actores característicos de la obra "Seis personajes en busca de autor", de Luigi Pirandello. La situación creada por los actores excluidos del reparto, que, resentidos, asistieron al estreno sólo para interpretar a los personajes de la obra de Rivero, acabó por crear una curiosa confusión. Al final -apuntó Sanabria Fernández-, nadie lloró en el terrible drama de Daniel Rivero.

Sanabria se ocupó también de los notables ironistas de Santa Cruz, entre los que citó los nombres de Miguel Mansilla, Raúl Antelo y Pedro José

(Pasa a la Pag. 4)



DIRECTORIO DE LA PEÑA DE ESCRITORES Y ARTISTAS DE SANTA CRUZ DE LA SIERRA

Sentados: Al centro, Raúl Otero Reiche, Presidente; a su izquierda, Plácido Molina Barbery, Primer Vice Presidente, a su derecha, Hernando Sanabria Fernández, Segundo Vice-Presidente Parados: de derecha a izquierda.- Gustavo Diescher, Secretario de Hacienda; Nataniel García Chávez, Secretario General, Alejandro Parada Guzmán, Vocal y Orestes Hamés Ardaya, director de la Revista.



Con el retrato de Gabriel René Moreno en el fondo, de izquierda a derecha: Hernán Ardaya Paz, Hernando Sanabria Fernández, el autor del presente artículo, Raúl Otero Reiche y Orestes Hamés Ardaya (salón de actos de la Universidad de Santa Cruz). Foto Nirka.

CENTENARIO DE MANUEL MARIA CABALLERO, EL PICO DE ORO

Por SANTIAGO JORDAN SANDOVAL

La publicación que contiene los discursos y poesías de más de veinte escritores conocidos en los círculos intelectuales de la capital de la República, en la "Revista Chilena" de Amunátegui y Diego Barros Arana, la prensa de esa época, los anuarios legislativos e historias de la Literatura Boliviana, nos permiten aquilatar la preclara personalidad de Manuel María Caballero, fallecido en Sucre, el 14 de mayo de 1866, en ejercicio del apostolado de la enseñanza y de Vice-Cancelario de la Universidad Mayor de San Francisco Xavier de Chuquisaca.

En el Centenario de la muerte de este pensador, literato y orador del siglo pasado, acerca de quien, que sepamos, en los últimos años, sólo se han ocupado René Moreno y Carlos Gregorio Taborga con algún detalle, Enrique Finot y Augusto Guzmán muy breve, a buen seguro, por falta de datos, que se encuentran en la prensa y revistas de aquella época, depositados en los anaqueles vetustos del Archivo Nacional, reliquia histórica al que muy pocos llegan por el factor distancia y falta de tiempo en este período recargado por tareas revolucionarias del espíritu para intentar una investigación que colocaría al genio en la categoría que le corresponde, entre los hombres representativos de Bolivia, por la variedad de su preparación y la versación en diferentes escuelas literarias, al decir de sus biógrafos.

Manuel María Caballero, político dinámico del siglo pasado, era hijo de don Vicente Caballero, diputado por Vallegrande al Congreso Constituyente de' 6 de Agosto de 1825, junto con Antonio Vicente Seoane diputado por Santa Cruz. El Dr. Manuel María Caballero, nació en la ciudad de Vallegrande, el 26 de julio de 1819, por ello declaró en cierta ocasión que "despertó a escuchar el estampido del cañón de Ayacucho y el himno de la libertad fue la primera armonía que halagó sus oídos".

Los estudios de secundaria los cursó en el Colegio Nacional de Santa Cruz de la Sierra, descollando principalmente en Filosofía. De cepa tradicional, prestigió a su pueblo y suministró auxilio a un grupo de oficiales peruanos prisioneros de Ingavi, que habían sido enviados a la Capital de aquel departamento. Interesado en su superación viajó a Sucre, donde descolló a poco tiempo de su llegada y llamó la atención de los examinadores de la Academia de aquella Casa de Estudios.

Sucre, la ciudad apacible, conservadora y profundamente religiosa, le designó diputado en 1855. Su ascendiente intelectual era tan conocido que, en su condición de masón en modo alguno menguó su popularidad y virtudes cívicas. Su pueblo natal, Vallegrande, lo nombró representante a la Constituyente de 1857. Allí, como en oportunidades anteriores, proclamó el imperio de la razón sobre el despotismo, puso en juego el verbo cálido de sus elevados conceptos, defendió la democracia representativa, y junto a don Evaristo Valle en 1861, el principio de la independencia de las Municipalidades, llegando a sostener esa ideología hasta en el periódico "El Centinela de la Revolución de Septiembre".

Era, al decir de sus biógrafos, su actuación parecida a la de Mirabeau, planteó la abolición de las dictaduras. "Nunca su palabra elocuente ni su pluma se prostituyeron, afirmaba, René Moreno; con su talento pudo elevarse a los primeros puestos, pudo conquistar honores y distinciones lucrativas, pero su modestia era tan grande como su mérito, y quiso que su inteligencia no estuviera sino, al servicio de los intereses sociales, al servicio del pueblo que tanto amaba . Espíritu de grangería o medro personal no puede imputársele. No solamente está exento de sospecha, sino que también es digna de respeto".

A poco tiempo que don Juan de la Cruz Benavente fuera acreditado en Misión Especial ante el Gobierno Peruano y la escuadra española se posesionara de la isla peruana de Chincha que alarmó a las Cancillerías de Chile y Bolivia, Caballero con ese espíritu de solidaridad que le distinguía, en su calidad de miembro de la Comisión de Negocios Extranjeros de la Convención de 1864, planteó la Doctrina del no reconocimiento de la intervención de los Estados Europeos en asuntos americanos, adelantándose a la política de no intervención en cónclaves panamericanos.

A propósito don Ramón Rosquellas en una estrofa de los versos que dedicó a Manuel María Caballero y que interpreta el espíritu americanista de éste, dijo:

"Ya su palabra mágica no vibra
en defensa del suelo americano,

(Pasa a la Pág. 4)

CASA, COMIDA Y ROPA EN EL SIGLO DE ORO

Por

BERNARDO BLANCO GONZALEZ

Se trata de la casa, comida y ropa de la clase media; los ricos nunca han tenido problemas. En lo que he visto de la Edad Media, no he hallado quejas de la vivienda. Castilla y Aragón han tenido las casas y habitaciones necesarias. Las Cortes, que reflejan en sus actas todas las inquietudes y reclamos de ambos reinos, nunca trataron sobre ello, ni sobre inquilinos, salvo en el caso de judíos que vivían fuera del ghetto. Cuando esto ocurre (en el siglo XV), las quejas vienen de parte de los propietarios a quienes los rabinos fijaban el alquiler del modo como lo hacían en sus propios barrios, o por depreciación de renta, por quedar esas casas marcadas, como sucede hoy en los Estados Unidos con inquilinos negros. Después de la expulsión estos aspectos desaparecen. Tampoco he hallado problema de vivienda en los siglos XVI y XVII, con la excepción de ciertas ciudades, como Madrid y Sevilla, por motivos obvios. Madrid, la nueva corte. Sevilla, ya metrópoli en la Edad Media, por el crecimiento resultante de las nuevas rutas comerciales.

La verdad es que la propiedad urbana parece haber sido de poco precio. La peste negra de mediados del siglo XIV, aunque no tuvo los caracteres graves que alcanzó en otros países, produjo en Castilla una merma del 60% en el valor de los inmuebles, tanto urbanos como rurales:

"que las heredades que vallan a essa ssazon (1348) que el ordenamiento ffue fecho quinze mill mr., que non valen agora seys mill mr." (CORTES, IIo., 9, pet. 11, Valladolid 1351).

En esos años, un caballo normal, no de los muy buenos, valía 600 mrs. El caballo es uno de los índices comparativos útiles a lo largo de toda la Edad media castellana; es un lujo, pero no excesivo.

Manteniéndose la población estable en los siglos XV y XVI, y en fuerte descenso en el XVII, se entiende que la situación no mejorara para los dueños de casa; por otra parte, las casas son sólidas, se construye para siglos. El aumento del valor de la propiedad rural a mediados del siglo XVI (Andalucía y Extremadura), consecuencia, por una parte, de exportación de aceites, vinos y cereales al Nuevo mundo (hasta que las colonias empiezan a autoabastecerse), por otra, de compras de campos por abundancia de metálico, fue completamente transitorio y desaparece ya a fines del mismo siglo. Sobre esto informa muy bien la obra de Carmelo Viñas Mey, EL PROBLEMA DE LA TIERRA EN LA ESPAÑA DE LOS SIGLOS XVI-XVII (Madrid 1941, "Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Jerónimo Zurita"). En cuanto a las ciudades, el movimiento llamado por los historiadores de ahora "periférico", o sea, la emigración de la meseta central hacia las costas y las fronteras, produce el descenso de sus habitantes y, como resultado, mayor oferta de viviendas.

Un informe de don Vicente de Cangas Inclán, secretario y escribano mayor del reino desde 1710, y elevado al nuevo monarca Felipe V, o en 1714 o en 1715, trae un cálculo hecho en 1623, sobre costo de vida de una persona (varón) de clase media y modesta. El informante lo estima moderado y completamente razonable para aquella época, "por la gran baratura de lo pasado", y muy bajo para el presente, comienzos del siglo XVIII:

"En el año de 1623, tratando el reino de hacer un servicio a la majestad de Felipe IV, para elegir el modo de imponerle o repartirle, se propuso un contribuyente en las dos rentas de Alcabalas y Millones, considerándole para todo su gasto veinte y nueve maravedís y medio al día, según la cuenta que está figurada en el libro y me ha parecido ponerla aquí...

Para carne	4
Para vino	4
Para tocino	1
Para aceite	1
Para vinagre	1/2
Para verdura	1/2
Para fruta verde y seca	1
Para pan, a razón de libra y media cada día	4
Para calzones, ropilla, ferreruelo y polainas, en un año cinco mrs. cada día	5
Para tres pares de medias en un año, un mr. cada día	1
Para tres pares de zapatos en un año, tres blancas cada día	1-1/2
Para un sombrero en un año, una blanca cada día	1/2
Para un jabón con dos pares de mangas en un año, un mr. cada día	1
Para tres camisas, una sábana, tres valonas, en un año, tres blancas cada día	1-1/2
Para carbón o leña, dos mrs:	2
Para jabón un mr.	1
Gasto diario	29-1/2

... siendo en tiempos pasados las monedas de doblón, ducado, real y maravedí del mismo valor (legal) que hoy, se ve que entonces se compraba con un maravedí lo que ahora cuesta casi un real..." (P. A.E., Madrid 1870, LXIIo., 143, "Don Vicente de Cangas Inclán... Al Señor Rey don Felipe V").

Esta cita nos proporciona dos datos: el costo mínimo de vida de una persona en 1623, y el índice de inflación en un siglo (1715). El real vale treinta y cuatro maravedíes. Por lo tanto, quien debía poner diariamente dos mrs. para carbón y leña, en 1623, habría debido poner para lo mismo, en 1715, sesenta y ocho mrs. En otros términos, los veinte y nueve mrs. y medio del costo diario mínimo de vida de la clase modesta y pobre de 1623, tenían que ser mil tres mrs. en 1715. Y esto, por persona.

¿Cuál es la renta media de una persona o de una familia acomodada en la primera mitad del siglo XVII? Cuando Lope de Vega, en sus comedias de costumbres, por ej. en LA VIUDA VALENCIANA, quiere dar idea de alguien en esa situación, nos habla de unos dos mil dcs. anuales, o sea, unos ciento sesenta y seis dcs. mensuales (62.250 mrs. mensuales o 2.075 mrs. diarios). Los corregidores de Córdoba y Granada tenían mil dcs. anuales de sueldo; el de Sevilla, mil ochocientos sesenta y siete, y el de Toledo, mil doscientos veinte y dos. Los de distritos menos ricos (Burgos, León, Madrid, Salamanca, etc.) cobraban un promedio de quinientos dcs. Pero estos salarios eran solamente la tercera parte de sus ingresos, pues por "aranceles", "ayudas", "costas", "penas de cámara", y otros conceptos, estos funcionarios venían a completar los otros dos tercios, amén de otros beneficios marginales como regalos de carne, verduras, primicias, etc... en los mercados. (Castillo de Bobadilla, Jerónimo, POLITICA PARA CORREGIDORES, Madrid 1775, la obra se escribe hacia 1594). El corregidor es un alto funcionario cuyo nivel puede estimarse, económicamente, como de muy acomodada clase media, socialmente, como inmediatamente inferior a los jueces de Audiencia. Los corregidores de los distritos más ricos (Córdoba, Granada, Sevilla y Toledo) contaban, pues, con ingresos entre tres mil y seis mil dcs. anuales; los de los distritos modestos o medianos, entre los mil quinientos y dos mil. Lo que confirma la información del dramaturgo. Me refiero exclusivamente a los setenta corregidorea de nombramiento real, y no a los corregidores pobres de nombramiento comunal.

En este nivel, 2.075 mrs. diarios más o menos de renta, los veinte y nueve mrs. y medio del cálculo de 1623 no son nada.

¿Pero cuánto pesan en el presupuesto de una persona o de una familia pobre? El contribuyente imaginario de aquel cálculo gasta tres dcs. sesenta mrs. (1.185 mrs.) por mes de su salario o renta en los mencionados ítems y para una sola persona. Suponiendo que esto representa sólo la tercera parte de su sueldo o jornal, hallamos que sus ingresos son de diez dcs. mensuales, que es, según lo que sabemos, situación muy superior a la mayoría de los trabajadores y domésticos. Comentando los sueldos de los alguaciles, Castillo de Bobadilla indica que con trescientos dcs. anuales (25 dcs. por mes) estarían muy bien pagados:

"de suerte que las Varas de Alguaciles quedasen con bastante estipendio, como serían de hasta trescientos ducados, y no de á quinientos y á ochocientos, como hay muchas, que para un Alguacil.. "

y a continuación comenta el salario anual promedio de la época de un obrero:

"...que por ventura para serlo dexó de ser Oficial mecánico, o de servir por veinte ducados de salario, es mucho aprovechamiento...." (Castillo, id. 218).

En las tablas de Hamilton, en su obra AMERICAN TREASURE AND THE PRICE REVOLUTION IN SPAIN, 1501 - 1650 (Harvard University Press, 1934, 393 a 402), es posible seguir el movimiento de los salarios de jornaleros y domésticos en esos años. Una comparación con ellos nos daría una idea más ajustada de lo que inciden esos veinte y nueve mrs. diarios de 1623 en un presupuesto familiar de gente pobre. Y, en peor situación, la clase media pobre. Pero, por hoy, contentémonos con la impresión de la nadería que era dicho costo mínimo en la renta de un hogar de alta clase media, ni que decir de la gran burguesía comerciante y de las casas nobiliarias, y de lo mucho que representaban en el ingreso de trabajadores y de la clase media modesta o pobre.

ALCIDES ARGUEDAS

Por PORFIRIO DIAZ MACHICAO

(Conclusión)

- V -

RENE MORENO Y ARGUEDAS

Dice Adolfo Costa Du Rels que, con una amargura mal disimulada, Gabriel René Moreno había expresado de sí mismo lo siguiente: "Autor solitario de escritos sin lectores en Bolivia mismo, desconocido hasta en la ciudad donde se publican". Ese fue el sino doloroso del camba genial, manejado por el Destino para conocer la urdimbre de un organismo nacional en su mejor visión y entendimiento. "El autor solitario", llámale Costa y con gran razonar destaca su honda tragedia. Empero, su sombra se acrecienta cada día más y más sobre la vida cultural de la América y de Bolivia. No puede hacerse Historia sin la consulta de Moreno, no puede afirmarse la noción cultural sin el atisbo que él hubo realizado, como un sacerdote aislado, como un ermitaño sujeto a un solo rito; la formación de su personalidad en contacto con el libro, empujado por el deleite de satisfacer la curiosidad mental sobre éste u otro episodio, éste u otro tema. Mente en acción, mirada escrutadora, fanatismo religioso por la verdad, eso fue Gabriel René Moreno. Y de todas sus vigilias brota una especie de soberanía del espíritu. Es que había laborado con los materiales de su Historia, había buscado el Destino en medio de las sombras, como esos viejos sacerdotes de los oráculos que, a la postre, se hacían víctimas de la ira de Dios. Cuéntanos también Enrique Finot que Moreno "era hombre retraído y taciturno, se dice que bajo graves contrariedades de familia". Lo cierto es que, como corolario de su afán de estudioso, como consecuencia de sus dolores morales y ante el amargo suplicio político de su Patria, marchó a playa extranjera y levantó los ladrillos de su ermita. A su espadaña llegó, por extraño infortunio, no la alondra mañanera, sino el buho portador de la calumnia qqe, después de lanzarla en el rostro, la mantiene con el fuego espectral de sus fijas pupilas. Como quien acusa: ¡traidor, traidor, traidor!..

¡Válganos Dios si en un día de la vida, zapateros o escritores, alguien viene a perturbar nuestra calma con semejante demanda!

Leed las páginas de "Daza y las bases chilenas de 1879" y os daréis cuenta cabal de lo que anoto. A mí, particularmente, no me interesa el debate histórico de esos hechos, sino su aporte en el drama humano. Con una calumnia o con otra se hiere la paz del espíritu y se sojuzga una existencia: ese es el infortunio. A mí me basta saber que el sosiego de Moreno estaba perdido y que, en lugar de abismarse en la plañidera o en el alcohol, como suele acontecer con otros, él se sometió a los cilicios austeros de la disciplina mental. De su dolor surgió la grandeza de su obra.

La posteridad ha reparado los daños que se causó a Moreno en vida. Su obra, elevándose sobre su propia existencia, tiene una grandeza innegable y es de una necesidad perentoria para la estructura de nuestra esencia cultural. Ya no se puede negar más ni calumniar más a Gabriel René Moreno, porque todas las evidencias que nos ha dejado están por sobre la miseria que empañó el cielo de sus días de hombre. Nos ha dejado la gloria misma, el secreto de nuestra razón de ser, el testimonio de nuestra procedencia nacional.

Pero, no olvidéis que vivió la amargura. No olvidéis que junto al suspiro nostálgico del desterrado, hubo de enjugar la lágrima del calumniado y del incomprendido. Autor solitario de escritos sin lectores... ¿No estáis midiendo esa soledad, no estáis penetrando en su malafortuna? ¡Ah, claro: hoy es grande, hoy es famoso, es inmortal! Pero recordad que entonces no tenía grandeza, ni fama y era mortal como todos nosotros !... Y que solamente, detrás de la calumnia, tenía los ojos inquisidores del buho de la espadaña.

En Alcides Arguedas, en cambio, no hubo contrariedad de familia ni calumnia. A la calumnia que humilló a Moreno, se suple en Arguedas, con el ultraje de Germán Busch, el Dictador. Se crea también una fuente de dolor, la raíz de un drama interior que solamente muy pocos hombres supieron leer en las suaves pupilas del autor de "Raza de Bronce". Cuando yo le vi en Buenos Aires, con la cabeza blanca, me pregunté: ¿Y es a éste anciano al cual el atlético Dictador, el joven gobernante Busch, ha dado de golpes en la Casa Quemada?

Pasando a otro tema, en Arguedas, contrariamente a lo que pasó en Moreno, no hubo un autor sin lectores. En ello, don Alcides tuvo mucha suerte. Sus libros inquietaron el ambiente, le despertaron, se buscaron y se leyeron con avidez. "Pueblo Enfermo" y "Raza de Bronce" han sido reeditados varias veces. Sus tomos de historia no se encuentran en las librerías y habrá que hacer nuevas ediciones. Quiero decir que, en vida, tuvo el pequeño goce de releer y revisar sus originales para las nuevas ediciones. Le ayudó Patiño, salió varias veces como Embajador, actuó en torneos y conferencias de carácter internacional, es decir: paseó su persona, su nombre y su fama.

Pero tampoco dejó de ser huraño, tampoco dejó de recibir la visita amarga de la desilusión. Cierta vez juró que no volvería a salir de su fundo de Río Abajo. No pudo cumplir su promesa porque su obra y su tarea le reclamaban entre los mortales, en medio de la lucha sin tregua de la vida... Y tornó a actuar en la escena.

Pero Arguedas tuvo que sufrir, sin embargo, otros males de la mortal mordedura, la indiferencia morena o la ignorancia cobriza que no sabe jamás interpretar ni valorar la obra de los hombres. La quietud del bronce, terrible, que él había tomado como símbolo.

Pero, ambos: Moreno y Arguedas, pasando por sobre su Calvario, se dan una inmensa cita con la gloria. No hay grandeza que no esté matizada por el sufrimiento: epilepsia se llamaba en Dostoiewsky, alcohol en Verlaine, neurastenia en Villamil de Rada, la calumnia en Moreno y la bofetada en Arguedas. En muchos, el olvido. En otros la sífilis. En los más, la miseria. A Dios gracias, un halo inmenso de martirio y de gloria queda en todo eso y los hombres superviven con la obra realizada amargamente un día.

Todo eso, en la zona del drama mismo. En la Historia, queda en pie una labor que no tiene alcances. Arguedas y Moreno dejan a la posteridad los dos basamentos firmes de la nacionalidad: el análisis de su vida, compulsada, criticada. No habrá ojos que se cieguen para no ver en ellos el recurso que se requiere para el conocimiento de Bolivia.

- VI -

EN POS DEL HOMBRE IDEAL

Un sueño melancólico de nuestras dolencias cívicas, una obsesión indesviable nuestra, es la de buscar, como Arguedas, el hombre ideal que conduzca al gran rebaño por las sendas políticas.

Arguedas admiró a pocos. Gustó de saborear con ahinco glotón -si se me permite- la vida de Simón Bolívar. Bellas páginas le tiene dedicadas a su obra de guerrero y gobernante. Siguió idealmente a Sucre hasta verle caer en Berruecos, despqés de haber sufrido la mordedura de los áspides altoperuanos que hieren, por lo general, de muerte. Pero, en cuanto quiso seguir el rol que señaló el Destino a los hombres, se detuvo en todos y cada uno de ellos para señalar sus cualidades y mostrar, sin eufemismos, sus defectos. Esa averiguación incesante del error le hizo saber, en forma desarraigable, que jamás la Historia podrá ser un poema lírico, sino una epopeya o una acusación. Entre el acierto y el error caminan todos sus personajes, como caminamos todos en la vida. Solamente el Destino es capaz de acercarnos permanentemente al bien, al cierto, a la equidad y solamente el Destino -desigual y caprichoso- nos aleja de la excelsa virtud para sumirnos en el abismo. Arguedas deja jugar su criterio en ese vaivén terrible. Apunta las modalidades de la época, los salarios, el confort, la palabra de los periódicos y las gacetas, los intereses, la amistad, todo aquello que se acuota racionalmente para el fallo del juzgador. Es duro para calificar a Pedro Blanco, dejándonos la impresión de que con su actitud ha comenzado la cadena de las felonías políticas. Arguedas dice que Sucre tuvo amargas quejas del mencionado general. Los detalles que nos proporciona acerca del Mariscal Andrés de Santa Cruz, igualmente, son admirables en erudición, contenido y descontento. Alejándose de la exégesis que había hecho Santiváñez del Grl. don José de Ballivián, él nos da el aguafuerte de su carácter y de sus victorias, sin dejar de señalar sus yerros. En las páginas de Arguedas he encontrado, sin mucho trabajo, ese dolor extraño, principesco y decadente, de don Adolfo Ballivián, una especie de Hamlet, concitado a un taciturno deambular por las sendas interiores. Y así sucesivamente... Arguedas ha quedado, en un instante avanzado de sus averiguaciones, envuelto por la ciclópea tormenta de la vida boliviana. ¿Cómo orientar la proa entonces? ¿Hacia qué rumbo enfilar la nave? ¿En dónde hallar el hombre ideal, si todos muestran su falla en el pasado y el presente?

Es en este punto neurálgico de su tarea que la angustia arguediana se hace conmovedora. Desea, sueña, anhela, la aparición del encarnado. Busca una norma, fija una exigencia, impone la necesidad de aprestarse a un advenimiento. Pero, ¡ay!, el pobre Arguedas se ha ido de nuestro mundo con una bofetada en la santa faz del benedictino paciente y estudioso. Todos sus ideales parecen caer a los pies, en un deshojamiento de desventuras. ¿Cómo ha de pensarse en el hombre ideal, si el prototipo de una generación, el héroe de una guerra perdida, el epónimo y legendario soldado que pertenece a una juventud impaciente le recibe a puntapiés, cuando apenas se inicia un cambio de verdades? Gravísima desilusión, horrible detalle. He ahí, amigos, el más amargo tropiezo en el camino de la búsqueda. El piensa y medita, en el silencio de sus noches

(Pasa a la Pág. 4)

HORA DE LA SIESTA EN LA ASAMBLEA

a Mme. HALIMA WARZAZI

(VIÑETAS DE ANTONIO MARIACA)



La tarde avanza lentamente hacia lo oscuro
cabalgando sobre el dorado potro del ocaso.
Flota en el aire un trasfondo coral de ingenios
que bostezan
aletargados por el cálido ambiente de un trópico
ficticio
que en pleno Nueva York y en pleno Invierno,
rememora las rumorosas frondas africanas,
los oasis del Sahara o la siesta faunesca
debussyana

Dede un rincón de la Asamblea se oye la voz
de mademoiselle Souad Tabbara, cálida y nocturnal
como un arpegio de flautas y de oboes,
diciendo en su perfecto francés del Musa Dagh armenio
"Monsieur le President"...
al comenzar su intervención diaria en nombre del
gobierno libanés.
Mientras esto sucede, Halima, la delegada
marroquí
discurre vagarosa y felina con su gracia mora
envuelta en su shilaba de color turquesa
o en su caftán drapeado de oro viejo,
violeta o carmesí.

Pero cuando Halima avanza con su
paso glisado de tersura leve
flotando en la corola de una nube
de pausado vuelo,
no se sabe si es un frágil rosa
o si es un copo sutil que apenas posa
sobre el suelo.

Y así avanza y avanza, como el reflejo
de una média luna sobre el aduar callado,
hasta que llega a ocupar la extrema diestra
de la mesa
como si fuera la diestra de Dios padre, allá en
el cielo.

Mientras que ella está ausente, la Asamblea es
apenas una larga salmodia lenta y sostenida
que llena la amplia sala de sopor y tristeza,
pero cuando ella llega y pasa sonriendo, todo
se ilumina,
hasta el rostro cazurro del profesor Rodríguez
Fabregat, que despide fuego por sus ojos rojos
e interrumpe sus últimos conceptos volterianos
contemplando a Halima con su mirar caprino
de fauno insinuante y voluptuoso.

Halima pasa indiferente a los requiebros
de moros, budistas y cristianos.
Rodríguez y Barrudi la siguen contemplando,
el uno boquiabierto y el otro despidiendo
miradas incendiarias de puritano en falta,
que se cruzan con otras no menos temerarias.

Halima se desliza vaporosa en el amplio salón
de la Asamblea
ondina o Sulamita que sabe realzar el candor
de su pálido rostro de amapola
y la gracia de su materia leve, inmaterial y flexible
como un trino o como un crisantemo que se agita
temeroso
frente a la caravana que cruzará el desierto
al rayar el alba
bajo el sol indolente del otoño.

Todo despierto a su paso, todo vibra
y cada paso suyo semeja, ondina o Sulamita,
un haz de aerolitos derramado
sobre los sorprendidos delegados.

Cuando desciende de la mesa de la Tercera Comisión
con sus medidos pasos de criatura leve
-alada por Alá y por la grácil armonía de su gracia-
avanza en el salón y de improviso el tedio se disipa.

Un largo e invisible dromedario
la recoge y la lleva por el mundo
como ondulante nube azul turquesa, topacio o
carmesí.

Declina el sol afuera, Halima, Sulamita.
Se agitan las brumas del ocaso
y se llena el ambiente de exóticos aromas
de alhucemas, de sándalos y rosas.

Debajo de tus pies Halima puso el Profeta el cielo
pero yo, en mi profano desatino
de pobre infiel, desheredado peregrino
te ofrezco como un voto de admiración y acatamiento
el periplo distante de mi esperanza y
mi pobreza.

Tengo tu horóscopo en mi mano, sultana o Sulamita,
cuando me asomo a tu recuerdo, cerrando mis ojos
y estirando las manos
que te dibujan en Rabat donde tu reinas,
cabalgando invisibles dromedarios, envuelta en tus
shilabas y caftanes de opulentas sedas

Nueva York, diciembre de 1965.

MOISES FUENTES IBAÑEZ



LA CANICA PERDIDA

Por LUIS FUENTES RODRIGUEZ

(Continuación)

GRATLY Y EL VIEJO.

Amanece y el bosque adquiere un color lila.
Cesa la música.
Por un ángulo entran a escena los leñadores seguidos de El Viejo y de Gratly. Algunos de los mozos llevan al hombro hachones y piolas, otros, escopetas y antorchas apagadas.

LEÑADOR UNO.
Por aquí, por aquí. Está más descampado. ¡Cuidado!... Hay una raíz trenzada.
LEÑADOR DOS.
Ya amanece...
LEÑADOR TRES.
Sí, y hay que tener cuidado para no perder una sola pieza.
LEÑADOR CUATRO.
Ayer conté hasta diez cervantillos. Eran tan hermosos, como suelen serlo los protegidos de los gnomos.
LEÑADOR UNO.
¡Bah!
LEÑADOR TRES.
No lo crees, Pedro? Te digo que eran tan hermosos que no los viste nunca.
LEÑADOR UNO.
No digo que no lo sean, pero resulta un poco... anticuado hablar de gnomos.
EL VIEJO.
Muchos los han visto y yo los oí cantar más de una vez.
GRATLY.
En la ensenada, verdad?
LEÑADOR UNO.
¡Vaya! Cuentos...
LEÑADOR DOS.
Alguien debió estar algún momento por aquí, pues dejó lumbre a medio apagar.
LEÑADOR TRES.
Acaso algún leñador...
EL VIEJO.
Quieren decirme por dónde van las huellas?
LEÑADOR CUATRO.
Serán acaso de los gnomos?
LEÑADOR UNO.
Yo no veo nada.
LEÑADOR CUATRO.
Ni yo.
LEÑADOR DOS.
Ni yo tampoco.
LEÑADOR CUATRO.
Es curioso, sin embargo... Parece que nadie estuvo por este lugar y hay lumbre.
LEÑADOR TRES.
La hierba está intacta.
LEÑADOR DOS.
Y no hay una sola rama rota.
GRATLY.
Habrán sido los gnomos?
EL VIEJO.
Quién sabe...
LEÑADOR TRES.
Me resisto a creerlo.
LEÑADOR UNO.
Sea como fuera, a mí me tiene sin cuidado.
LEÑADOR TRES.
Pudo haber un incendio de grandes proporciones. ¡Pablo, echa agua sobre la ceniza!
LEÑADOR TRES.
Es extraño (Cogiendo una braza) ¡Eh..! Pero si no quema!... (Todos lo rodean).
LEÑADOR DOS.
¡Oh..! En efecto.
EL VIEJO.
Los gnomos.
GRATLY.
Los gnomos..?
LEÑADOR UNO.
Es asombroso.
EL VIEJO.
Debemos regresar. Son muy celosos de sus dominios.
GRATLY.
Y viven aquí, abuelo?
EL VIEJO.
Sobre los árboles más grandes o junto a los ríos, Gratly.
LEÑADOR CUATRO.
Entonces, nos deben estar observando.
LEÑADOR DOS.
¡Chito!
EL VIEJO.
Por qué?
LEÑADOR DOS.
Oigo pasos.
EL VIEJO.
¡Silencio!
LEÑADOR UNO. (Cargando su escopeta)
Debe ser un gamo.
GRATLY.
No. Son los gnomos. Están junto al rosal.
LEÑADOR TRES.
Dónde están, no los veo.
LEÑADOR CUATRO.
Tampoco yo los veo.
LEÑADOR TRES.
Cerca del rosal no hay más que matas.
GRATLY.
Les digo que dos gnomos están parados ahí. Los ves, abuelo querido?
EL VIEJO.
No...
LEÑADOR UNO.
Tú deliras, niño.
GRATLY.
Pero, están ahí.
EL VIEJO.
Puede ser. Aconsejo que no se acerquen un solo paso. Los gnomos sólo son visibles a los ojos de los niños.
GRATLY.
Yo los veo, abuelito.
LEÑADOR UNO.
Qué hacen?
GRATLY.
Se ríen de nosotros. ¡Esperen..! Ahora se acercan a los leños. (En efecto, los gnomos se aproximan hasta los leños, recogen las brazas en una bolsa y salen pausadamente).
¡Ya se fueron! Y se llevaron todas. ¡Miren! No hay una sola brasa.
LEÑADOR DOS.
Cierto...
EL VIEJO.
No les decía yo?
LEÑADOR UNO. (Buscando en la ceniza).
No han dejado ni una para muestra.
LEÑADOR CUATRO. (A Gratly)
Y dices que se fueron? Pero no hay huellas...
GRATLY.
Por la umbría. Eran tan pequeños, y se reían con tanta gracia...
LEÑADOR UNO.
¡Vamos..!
EL VIEJO.
Volvamos. Esto es lo más prudente.
TODOS LOS LEÑADORES.
Vamos, vamos.
(Salen).
(Después de un breve intervalo, vuelve Gratly muy cansado).
GRATLY.
No me interesa el susto de los leñadores cuando se den cuenta de mi ausencia. Sé que el abuelo me perdonará. Y al fin qué mal hago? Vengo a buscar a los gnomitos. Son tan hermosos... Estarán por aquí? Abuelo dice que son muy amables con los niños y que sólo nosotros podemos hablar con ellos. Qué les diré cuando los vea? Les pediré un mantón para mamá y botines para mí. También les pediré ropa para los hijos de Pablo el pastor. (Pensando). Luego... ¡Ah! Ya sé, una bufanda para el pobre Magín, y para el abuelo... un bastón. Pero, donde se habrán metido esos diablillos? Estarán en el rosal?, acaso en las ramas del tilo? Se habrán ido tal vez.
¡Ea! Dónde están los gnomitos que yo vi hace un momento? Me quieren dar una sorpresa y se están ocultando en alguna parte (Llorando) No quieren verme. Eso es todo... (Llamando a voces). ¡Gnomitos! ¡Gnomitooos!. ¡Aquí estoy Soy Gratly! No me oyen. ¡Se han ido! No volveré a verlos nunca.
Adiós botines, adiós mantón para mamá. Y todo porque se fueron los gnomitos. Sólo el abuelo sabe cuánto me habría gustado verlos otra vez. ¡Se han ido! ¡Se han ido, abuelito querido...!

T E L O N

ACTO SEGUNDO.

Interior de una habitación dividida por un tabique.
Al margen izquierdo, sala pequeña modestamente amueblada. El Padre, La Madre y El Pedagogo conversan alrededor de una mesa central, sobre la que están colocados -en desorden- varios libros.
Al foro, hogar con lumbre.
Al margen derecho, corredor con puerta practicable y balaustrada; al centro del tabique, otra puerta.
Puerta al foro.
Frente al tabique, escalera de caracol iluminada intensamente. Al pie de la grada, Gisel, Dorón y Gratly juegan a las canicas.
Se supone que, por la distribución especial de la escena, una de las zonas en las que está dividida la habitación, tendrá, a momentos, mayor preeminencia que la otra.

PEDAGOGO.
De modo que Gratly está seguro que existen gnomos en el bosque. Lo raro sería qqe no lo crea. La influencia social actúa de una manera tan determinante sobre las personas y, especialmente, sobre los niños -cuya personalidad no está bien definida- que poco pueden hacer los maestros para restarle importancia, sobre todo, cuando ésta es negativa.
LA MADRE.
Hay un anciano leñador que vive cerca de casa.
PEDAGOGO.
Y....
LA MADRE.
Pues... verá Ud., éste tiene tanta habilidad para vivir y para narrar fantasías que mi pobre Gratly se pasa las horas escuchándolo.
EL PADRE.
¡Oh..! Sí, y con él, todos los niños del barrio; por eso es que ninguno cumple con sus obligaciones. Más de una vez estuve a punto de decir al viejo de marras que no está bien perjudicar a los demás. ¡Vaya Ud. a saber, señor pedagogo, dónde está el pensamiento de mi hijo! Pues... donde los gnomos.
LA MADRE.
O, donde el abuelo; porque Gratly no tiene otro abuelo que ese leñador. Si lo viera Ud...
PEDAGOGO
(RIENDO).
Tiene gracia.
EL PADRE.
Y tiene tanta gracia que no me queda más remedio que reír. Le parece a Ud. correcto?
PEDAGOGO.
En tanto que el juego de los cuentos no deje de ser una sana distracción, creo que no; pero si va más allá, entonces... hay que evitar que se derroche todo ese mundo de fantasía que bien puede ser aprovechado en algo mejor.
EL PADRE.
No sé que decir; pero me parece que Gratly no tiene otro interés que los cuentos de Perrault.
PEDAGOGO.
¡Malo! ¡Malo..!
EL PADRE.
Eso mismo digo yo, pero son inútiles todos los intentos de retenerlo en casa. Son tantos los recursos que tiene para convencernos, que el más infantil de todos le parecería a Ud. un argumento incontrovertible. Vea Ud lo que podemos hacer.
PEDAGOGO.
Primero: Evitar toda relación de amistad con el viejo, segundo: Quemar todos los cuentos escritos por Perrault de los que me habla Gratly con muchísimo entusiasmo y tercero: Buscar otros medios de distracción, tales como algunos juegos, por ejemplo. Y si esto fuera poco... pues, baños turcos. Es lo más aconsejable por el momento.
LA MADRE.
Está Ud. seguro?
PEDAGOGO.
Segurísimo...
LA MADRE.
Ni una palabra más. Se hará todo lo que dice.
EL PADRE.
Ves, mujer, y tú empeñada en comprar más libros.
LA MADRE.
Es que yo creía...
PEDAGOGO.
Ese es precisamente, el mayor error de los padres: creer, y creer en algo que no tiene ninguna importancia. Qué valor le atribuyen a las narraciones de gnomos y de hadas en una época en que se impone el materialismo práctico? Ninguno, verdad? Y tanto más si ellas atentan contra la "serenidad del alma de los niños". ¡Basta ya de ogros comiéndose a los hijos del guardabosque! ¡Hay que acabar con las brujas y sus mochuelos volando sobre sus escobas. (Cogiendo algunos libros). ¡Al fuego! Gratly nos agradecerá algún día. Y por hoy, me parece bastante. Mañana a continuar con el plan...
EL PADRE.
Yo me encargo de todo lo demás.
PEDAGOGO.
Debo irme.
LA MADRE.
Lo acompaño hasta la puerta.
PEDAGOGO.
Gracias, es Ud. muy amable.
(Atraviezan la puerta)
Hasta pronto, Gratly.
GRATLY.
Hasta pronto, señor Pedagogo.
PEDAGOGO.
Buena noche.
EL PADRE.
Ya sabe Ud., esta es su casa.
PEDAGOGO.
Gracias.
(Los padres se retiran por la escalera de caracol).
GRATLY.
Perdiste, Gisel.
DORON.
Comencemos de nuevo.
GISEL.
No. Estoy muy cansada.
GRATLY.
¡Espera! El juego no terminó aún. No sabemos quién ha de llevarse las canicas.
DORON.
Pues... yo. Tengo más puntos a mi favor.
GRATLY.
Ahí va uno más...
DORON.
Y otro para mí. Con este son diecisiete.
GRATLY.
Cuántos son los míos?
DORON.
Déjame ver: seis que perdió Gisel, cuatro que me ganaste. Total diez: el ganador soy yo.
GISEL.
Es que tienes una canica grande.
GRATLY.
Juguemo otra vez.
GISEL.
"Pero que Dorón me preste la canica roja, sino no juego".
DORON.
Esa es la ganadora. No te la doy.
GISEL.
Entonces no juego.
GRATLY.
Te gustaría esta otra que tiene Humo por dentro?
GISEL.
Y... bueno.
GRATLY.
Es tuya, Gisel.
GISEL.
Gracias. Yo empiezo.
(Se oye una voz).
UNA VOZ.
¡Gisel!... ¡Dorón!... Ya llegó papá...
GISEL.
Vamos ya.
DORON.
Volveremos mañana.
GISEL.
Papá no quiere que juguemos hasta muy tarde, sabes? Nos cuenta todas las noches historias de la guerra.
DORON.
Es un héroe. Le dieron una medalla. Sabes por qué? Porque apresó a quince soldados enemigos. Tiene una herida...
GISEL.
Y cuando hace frío le duele.
DORON.
Tu papá fue a la guerra?
GRATLY.
No.
DORON.
Y por qué?
GRATLY.
Porque mamá estaba enferma.
GISEL.
¡Ah...!
DORON.
(Con sorna).
Ojalá que cuando haya otra guerra no vuelva a enfermarse mamá, eh?
GRATLY.
Es que ya no tendrá hijos.
DORON.
Entonces era por eso...
GRATLY.
¡Claro! Quién iba a cuidar de ella?
GISEL.
Tú.
(Gratly y Dorón se ríen).
DORON.
Tontuela. Gratly estaba recién nacido. (A Gratly). Estas mujeres no entienden nada.
(Otra vez la voz).
UNA VOZ.
¡Niños! Gisel, Dorón... Doróoon...
DORON.
Bueno, hasta la vista.
GISEL.
Adiós Gratly.
GRATLY.
(A Dorón).
Te llevas canica?
DORON.
Si quieres te las presto.
GRATLY.
Como gustes.
DORON.
Mejor, te las doy mañana...
GRATLY.
Bueno. Adiós, entonces.
DORON.
Irás donde el abuelo?
GRATLY.
Cuando duerma papá, creo que me vigila.
DORON.
¡Cuidado..!
GISEL.
Vamos ya, Dorón.
(Salen por la puerta del foro. Gratly sube por la escalera de caracol. Iuri y Mercín se descuelgan por la chimenea de la sala contigua).
IURI.
Habéis oído?
MERCIN.
Ese pedagogo es un tonto de remate.
IURI.
Y el papá de Gratly es otro.
MERCIN.
Negar nuestra existencia. ¡Bah!, pero os habéis dado cuenta hermano Iuri...
IURI.
Qué dirá padre Domiomil.
MERCIN.
Pues, qué tiene que decir, sino que los hombres no saben nada...
IURI.
Es verdad. Cómo me gustaría darles una zurra.
MERCIN.
Paciencia. Yo me encargo de ajustarles la cuenta.
IURI.
Qué vais a hacer?
MERCIN.
Ya lo veréis... Todo resultará a pedir de boca. ¡Silencio! Creo que alguien viene.
IURI.
Ojalá que sea Gratly.
MERCIN.
No os separéis de mi lado.
IURI.
Menos mal que se fue el pedagogo. Qué hombrecito más antipático. (El padre aparece en las gradas de caracol y se dirige a la sala).
EL PADRE.
Lo único que puede ocurrirme ahora es que no aparezcan mis periódicos. ¡Ah muchacho...!
(Cuando éste entra en la habitación, los gnomos lo miran impasibles. El padre no se entera de la presencia de Iuri y Mercín).
MERCIN.
Empiezo a impacientarme.
IURI.
Y éste no tiene intención de retirarse.
MERCIN.
Puedo hablar fuerte?
IURI.
Nadie os lo impide. No olvidéis que sólo los niños pueden oirnos.
MERCIN.
(Gritando).
¡Ea..! Oíd, señor de la casa. El periódico que buscáis está debajo de vuestra almohada.
IURI.
Perdéis el tiempo, hermano, no podrá oirnos nunca...
MERCIN.
Entonces, bien vale la pena decirle que es un gandul, sí señor, un gandul.
IURI.
Miradlo. No os parece un loco?
MERCIN.
Se mueve como una veleta. (Le hace una zancadilla y cae el padre).
EL PADRE.
¡Esto más...! Gratly. (Se incorpora, sale de la habitación y sube por las escaleras).
IURI.
Merecéis un premio.
MERCIN.
Gracias.
IURI.
Dejemos una nota a Gratly y volvamos al bosque. Quisierais ir al hospital? Tengo un plan perfecto. Esta noche nos desquitaremos de lo mejor...
MERCIN.
Tenéis algún cuento nuevo?
IURI.
Y qué cuento. Aquí hay papel. (Se sienta y comienza a escribir).
"Mi querido Gratly...
MERCIN.
¡CUIDADO!... Casi os mojáis la barba en esa tinta.
IURI.
"La encina grande del bosque nos contó que fuisteis a buscarnos...
MERCIN.
Esperad... Alguien viene. Es Gratly (En efecto, éste aparece en escena).
GRATLY.
Me pareció oir voces... ¡Eh!
IURI.
Adelante.
MERCIN.
No debéis sorprenderos tanto. No es para tanto.
GRATLY.
Pero si son los gnomitos. ¡Oh..!
IURI.
Mercín e Iuri, vuestros amigos.
GRATLY.
Y cómo llegaron hasta aquí?
MERCIN.
Por la chimenea del hogar. Pero pasad, no os quedéis afuera.
GRATLY (Gritando).
¡Papá...! ¡Papaito..!
IURI.
¡Chist! Queréis callar?
GRATLY.
Es que papá debe conocerlos.
MERCIN.
¡Nunca! El no es un niño ya.
IURI.
Además está convencido de que no existimos.
GRATLY.
¡Ah! Bueno.
IURI.
Gratly...
MERCIN.
... Vinimos a buscaros...
IURI.
Para que seamos amigos.
MERCIN.
Y para que nos ayudéis a conseguir otros más que crean en nosotros.
GRATLY.
Eso es imposible. Nadie quiere saber nada de Uds...
IURI.
Por qué?
GRATLY.
Porque dicen que no existen.
IURI.
Pero vos sabéis que...
GRATLY.
Hasta el abuelo dice que son cuentos...
IURI.
Cuentos? Habéis oído, Mercín? ¡Cuentos!
GRATLY.
En la escuela nos han prohibido hablar de Uds...
MERCIN.
Quién?
GRATLY.
El maestro. Dijo que los gnomos son creación de la fantasía. Nada más.
IURI.
Cuándo os dijeron semejante disparate?
GRATLY.
Una vez, muchas veces. Y nadie cree que existen, desde entonces.
IURI.
Pero vos creéis y nos ayudaréis a que los demás se persuadan de que somos como vosotros, un poco más chicos, es cierto, con muchos más años que todos vosotros juntos, pero al fin, como sois todos los que viven.
GRATLY.
Y Uds. no mueren nunca?
IURI.
Morir? (Riendo) Nosotros no morimos nunca. Somos eternos como el sol, como las piedras...
MERCIN.
Pero, envejecemos, verdad?
IURI.
Un poco, nada más.
GRATLY.
Cuántos años tienes Iuri?
IURI.
No sé. Tampoco quiero saberlo. Pero os advierto que fuí amigo de vuestros abuelos. Cuando ellos eran como vos, yo tenía ya blanca la barba.
GRATLY.
Entonces, debes tener más de cien años.
IURI.
Mucho más, mucho más...
GRATLY.
Doscientos?
IURI.
Más aún.

(Continuará)

CENTENARIO...

(Viene de la Pág. 2)

cuando ultrajarlo intenta algún tirano
acechando su santa libertad:
y mudo para siempre, allá en la huesa,
ha entregado a la nada sus despojos:
mas su ser inmortal está de hinojos
ante el clemente Dios de la bondad".

Manuel María Caballero, allá por el 1847, inició sus trabajos literarios en el "Eco de los Pueblos", en la "Aurora Literaria", varios ensayos de literatura boliviana. "La Nueva Era", "La juventud" y otros órganos publicitarios desconocidos para los literatos e investigadores que desearan trasuntar la verdad del acontecer intelectual de aquel período interesante. Es, además, de interés nacional hacer conocer que Manuel María Caballero, publicó una de las primeras novelas bolivianas o como algunos la catalogan de que se trata de un cuento, titulado "La Isla" inspirada en leyendas fantásticas de la Isla Panza del Lago Poopó, narrando el suceso de un hacendado remero por la isla desconocida donde encontró los escombros de una casa desconocida en completa ruina, al decir del autor, y cuya obra la dio a publicidad René Moreno en la Revista Chilena a que nos hemos referido.

Caballero era un asiduo lector de los filósofos del siglo XVIII, según Velasco Flor, que ha sido el biógrafo más documentado sobre aquel personaje, quien "rebatió su cerebro, con la estética de Hegel y los principios de su compañero Schelling, conoció a Kant, Fichte, las doctrinas de Royer-Collard, a Cousin, fue admirador de Homero, se entusiasmaba con las obras de Horacio y de Virgilio, condenaba el vicio con la indignación de Persio y Juvenal; creía con Marcial y lloraba con Ovidio, quería decir que supo interpretar fielmente a los filósofos. Entre los modernos autores se decidía por el inmortal Goethe y su poema Fausto. Simpatizaba con Sué por su amor al pueblo y con Dumas por su brillante imaginación".

Para reafirmar los conceptos relativos a su preparación filosófica emitidos por sus biógrafos, insertamos de igual modo dos estrofas del siguiente verso dedicado a Manuel María Caballero por Celso Reyes, el 19 de mayo de 1966:

"Filósofo sublime: fue tu vida
Pura antorcha de brillo refulgente.
¡Cuántas veces su luz mostró a mi mente
La celestial verdad!
¡Cuántas veces tu acento sobrehumano
Halló un eco en mi pecho palpitante,
Cuando amar enseñabas la brillante,
La dulce Libertad!

La labor de Caballero en el campo cultural tuvo una amplia dimensión sacrificada y valiosa, desempeñó las cátedras de francés, literatura y filosofía: censor de la Academia y práctica forense; catedrático de varias asignaturas en la Facultad de Derecho y, por último, Vice-Cancelario y Cancelario de la Universidad Mayor de San Francisco Xavier de Chuquisaca de 1862 a 1863, que determinó que lo llamen "Maestro de la Juventud de Bolivia", como se puede constatar por las siguientes estrofas del verso de homenaje a Caballero, de Manuel A. Yañez, que dice:

"¿Dónde está, juventud el maestro sabio
cuyo elocuente labio,
con inspirado acento
Os ilustró hasta ayer sin desaliento?
¿Dónde, dónde el amigo
Que llevaba consigo,
Un germen de virtudes, inefable,
Sólo a su inteligencia comparable?"

Los escritores que se han ocupado de Manuel María Caballero, coinciden sin la menor discrepancia en afirmar que se trata de un filósofo, literato, políglota, jurisconculto, apóstol de la enseñanza y orador conocido en su tiempo como "El Pico de Oro", por sus dotes sobresalientes en oratoria parlamentaria.

El antiguo Colegio Secundario de la ciudad de Vallegrande lleva el nombre de Manuel María Caballero, lo mismo que la antigua Sección Municipal de Comarapa que ha sido elevada al rango de Capital de Provincia del Departamento de Santa Cruz.

En el centenario de la muerte de Manuel María Caballero, la Historia Cultural de Bolivia, merece con el debido respeto una revisión acerca de los hombres públicos del país, para situarlo en el lugar que le corresponde por sus grandes méritos.

INTELECTUALES,...

(Viene de la Pág. 2)

Cortés. Relató de este último una anécdota digna de recordarse. Ocurrió que al retornar de su propiedad, Cortés había dejado su caballo atado junto a la puerta de su casa, en Santa Cruz. Cuando encontraba a su vivienda, escuchó Cortés gritos y aplausos provenientes de un lugar próximo. Curioso de saber lo que pasaba, nuestro personaje mandó a un mozo a averiguar el motivo de la algarabía. De regreso, el mozo informó que se trataba de una proclamación de ciudadanos para la diputación por Santa Cruz. Viendo Cortés que los proclamados eran personas de muy poca significación, dio de inmediato al mozo la siguiente orden: "Mete rápidamente mi caballo al patio. No vayan a hacerlo diputado también a él". A poco de nuestra visita a Santa Cruz nos informamos por la prensa que Sanabria Fernández había sufrido un accidente de tránsito del que salió con algunas heridas. Sentimos profundamente lo sucedido al prestigioso escritor.

Otra figura interesante en la Peña de Escritores y Artistas es ORESTES HARNES ARDAYA, autor de varios trabajos, publicados por la prensa de La Paz. Abogado, poeta, cuentista y ensayista (ha dado a la estampa "Función etica y social del abogado", "Figuras representativas de la cultura cruceña" y numerosos trabajos cortos), Harnés Ardaya es un entusiasta por todo cuanto se relaciona con las letras y con Santa Cruz de la Sierra. Hemos hojeado un libro inédito de Harnés con interesantes relatos costumbristas del Oriente boliviano. Otero Reiche, a propósito de este tipo de escritos de Harnés Ardaya, ha destacado sus cualidades para situar la acción de sus personajes, pintar los caracteres y finalmente concluir los relatos con naturalidad y sin recursos forzados.

Tenemos también, en la actual Santa Cruz, a LEONOR RIBERA ARTEAGA, catedrático, abogado, poeta y ensayista. Como poeta ha obtenido importantes premios (ha compuesto la letra del Himno Universitario cruceño). Igualmente como ensayista, campo en el que ha expresado sus preferencias por la rama jurídica, habiendo escrito sobre reforma universitaria, poder judicial, abogacía, reforma y misión de las Facultades de Derecho y Derecho Municipal.

Junto a estos nombres de Santa Cruz de la Sierra, hay otras figuras no menos importantes dentro del campo intelectual, que con su esfuerzo y su inquietud por las tareas culturales, ratifican la trascendencia que tienen en la vida los valores espirituales, cuyo desarrollo tiene que ir parejo con el desarrollo material, y que el insigne Gabriel René Moreno, sobria pero muy significativamente, supo ponderar cuando exclamó: "¡El espíritu, siempre el espíritu!"

ALCIDES...

(Viene de la Pag. 3)

sin descanso, que Bolivia está vacía del elegido. Rememora, se afinca caca vez en su serena pasión por el Presidente Montes. ¡Ese fue un varón, en su época y después de ella! Hubo otro: Saavedra, a quien había que perdonarle su violencia, producto e soledad, de rencor.

Hablando de estos temas en los cuales la revisión de hechos, mostraba que los últimos santificaban a los predecesores, pregunté a don Alcides Arguedas su opinión sobre Daniel Salamanca, ese luminoso enfermo que fue recio orador y gobernante fracasado. Don Alcides, puntualizando sus palabras, subrayándolas con la intención, me dijo:

- ¡Ah, querido amigo, Salamanca ha sido más sombrío que todos los tiranos! Su guerra, su malhadada guerra, nos ha conducido a todo lo que hoy tenemos que soportar.

Al punto, Gualberto Villarroel, en ese día, precisamente, ordenaba el cierre de la frontera patria para el retorno del historiador enfermo. Estábamos en Buenos Aires.

Los males no duran de por vida y los pueblos, en la ansiedad de su busca, en la exigencia que plantean acerca del hombre ideal, van exacerbando sus nervios y aprendiendo a sancionar, a prevenir, a mostrar que ninguno en el mando o fuera de él, puede extralimitarse de su designio humano. Arguedas ha muerto sin ver la lección práctica que estaba latente en todas y cada una de las páginas de su admirable Historia.

Esto quiere decir que desaparecido el historiador más importante de Bolivia, queda abierta la ruta para el que le suceda.

Alcides Arguedas nació, espiritualmente, cuando advino la gran doctrina de la independencia de nuestros pueblos y murió un minuto antes de que la libertad diera fin con los enemigos de la tranquilidad. De todas maneras, su vida fue una denodada lucha del alma contra la materia, de la libertad contra la opresión, de la cultura contra la barbarie. Y, lo mejor de todo, así grande y amargo y descontento como fue, este gran fiscal pasó su vida en medio de los tiranos, defendiendo el tesoro escondido de la dignidad boliviana.

Tuvo la aspereza de Baroja, el comportamiento de Unamuno y la humildad orgullosa de Montalvo. Cuando las bayonetas se enfilaban a destripar a su pueblo, murió luchando con los libros.